LOS DÍAS EN EL PUERTO
Charlotte Milù (Karla Padilla Antezana)

A pesar que no contuve la información del llamado telefónico, supe que debía ir hasta allí y ponerme el bikini amarillo, darme la media vuelta y seguir el camino; pero fue mayor mi estupidez cuando me dije - ¡ Por Dios qué hago vestida así para ir de compras!. Con un paño en la cabeza de los más alborotados, medias hasta los muslos, calzones de muñeca y una bella polera semi-alargada transparente que me llegaba a los talones.

Ya era eso de las 2:30 de la madrugada y volví a pensar en qué diablos hacía parada en aquel mismo lugar. Fui por un cigarro para continuar la conversación.
Cuando abrí los ojos ya tenía en mí, mil flores moradas que no sabía de quién venía - pensé – de los mismos hijos de puta de siempre. Tenía más frío que ayer, cuando un caballo raro me miró con la cabeza mordida en cientos de pedazos. Los vi pasar por primera vez en casa del vecino que tenía alrededor de cinco huéspedes después de mí. Fuimos a jugar pool esa noche con cuatro amigos más, estaba todo muy bien hasta que nos dieron las tres y nos echaron del lugar.

Anoche abrí los ojos desesperada, vi pasar a mi abuelo en el tren del mediodía, me dijo que cuidara mis pasos, yo con la mochila encima llena de cosas caminaba por ahí a encontrar las historias que me esperaban, llena de flores en las botas. Choque con un bote de almácigos verdes, en él toda la cubierta vacía buscando vistas variadas. Me asome por el ventanal que estaba en la parte de abajo del bote, era fascinantemente circular como una lupa y me servía para jugar ese aburrido juego de las bolitas de albaricoque.

Luego en la plaza conversando con unos civiles me tome unas cuantas cervezas para seguir la conversación con barba roja y dientes gordos, mi pelo suelto y piernas cruzadas que eran como una boca de lobo marino con tesón abominable, mientras yo los tapaba en preguntas. Ambos pertenecían a la misma casa, de pequeños ríos y buques gigantes. Nos fuimos caminando pensando en aquellos

momentos sórdidos y primordiales que me hicieron ver tras sus historias -- eran viejos de vida -- junto a unos cuantos tabacos de los más preciados del mundo que no encontramos jamás por ir escuchando Any Where.

- Pasamos una noche llena de miserables risas y grandes danzas. El tabaco parecía abrir mi apetito –
-

Junto a ellos yacía una guapa y esmerada chica que solía seguir sus pasos y vendía cuanta cosa se le pasara por delante. A veces, cuando le iba mal regalaba sus aros de plata y bronce sin importarle porque sólo eran parte del destino que había elegido. Dos velas, los tabacos, un barco y el ancla la hacían encender sus cálidas noches. Era la escena de aquella noche madera que nos tocó vivir. Los papeles tirados por todos lados y la vasija de plata envuelta en perfumes parecían contarnos las historias que se esfumaban. Dos de ellos, de pronto se abalancharon contra mí fugazmente para pedirme una respuesta de lo sucedido y lo único que consiguieron en realidad fue sacarme de quicio. Entonces me faltó decir antes de aquel desagradable cuestionamiento, que soy la más gritona del mundo cuando me pongo ansiosa. Ni siquiera sé lo que quise escribir pero me dio la nostalgia por salir a caminar junto a Solomán escuchando el sonido de los mares al lado de la estatuilla, para contarle lo que me había pasado ayer.

Salimos a comprar unos cartuchos de guatapique para coser las almohadas con distintos colores de papeles blandos. Sentada en la mesa, de vuelta, me dirigí a la cocina para comprobar el estado de la comida que debía estar lista en unas dos horas más. Los familiares aún un tanto preocupados por el desorden de la comunidad. – La Roca –

En Leyda iba yo desesperada pensando en el mañana, existiendo en la soledad del mundo. La familia toda en la mesa saboreando las lentejas de la Katiuska. De visita doña Eliana, la mujer del pueblito de San Juan que venía a regalarnos tortas exquisitas para la cena de más tarde y unos cuantos cuentos de los lugarcitos que recorría. Me dijo que por el pueblecillo de San Antonio se veían aves gigantes y

vistas hermosas. Las casas semi-coloniales que lo bordeaban eran como un principio de vidas humanas arrastradas por la marea – decía – y se quedaba quieta mirando el mar. Justo ahí yo aprovechaba para encender el horno y ofrecerle mi cariño. Éramos 20 en la mesa, con ella sentada a la otra esquina, en frente de mí. Sus ojos me provocaban admiración y respeto, pero su gran sonrisa me hacía estremecer cuando la mostraba. A veces nos contaba cosas terribles que yo prefería no saber pero nunca sonaban lo tan feas que eran porque ella sabía contarlas con su gusto esencial. Las miradas y caras de extrañeza y cuantos rostros pudieses imaginar de los presentes eran para escribir una obra de teatro y pintarlas de muchos colores. Pasó casi una hora y media sin darnos cuenta que la olla ya estaba hirviendo para ser servida. Hubo un buen adelanto en la comida siguiente…

- Mientras: mi hermano llamaba para avisar que venía en camino con nueva compañera. Le decíamos La Rulo.

Llegaron con dos frascos de mermelada, una sandía, varias exquisiteces y algo de cerveza. El vino corría por mi cuenta. Se destapó el tercero.

Hoy me desperté cansada de aquel hombre que no tenía encantos, quedamos para encontrarnos en la plaza a eso de la media noche, pero él solo estaba tirado en un cuarto improvisado que se había hecho con cientos de cartones de vino. No supe que le pasaba pero la imagen cruel y desgarradora de aquel momento amainó mis ansias de verlo.

Aún no bebo mi primer café del día – ni siquiera sé si lo quiero – sólo pienso en los minutos y me quedo en ellos pensando en la plusvalía de la vida. Los contornos de esta pieza aún no los reconozco bien y sin embargo me reciben de buena manera cada vez que entro en ella. La cama siempre es la misma. Los restos de vida que hay en ella me atraen a seguir pero es más fuerte la soledad que me acompaña.

Alberto nunca quiso en realidad confiar en mí. Tengo 40 años ya y de esos quiero apartarme unos 20. Apenas 10 son los que me han hecho ver estrellas en los ojos. Lo que queda son aprecios desesperados de no saber por dónde seguir caminando.

Hay lasaña en la esquina, espero saber qué es lo primero que deseo hacer para continuar los días que aquí me esperan, luego unas ganas avasalladoras de escribir mi pasado me lo impide.

- Vuelvo a pensar en aquella cama desorbitante –

Alberto no es un chico común, me fue a visitar para ayudarme a llevar unas cosas que ahí había. Espero haya sido para eso y no para conocerme aún más.

- Que jodida vida me dio en tener –

Ya era momento de largarme de este sitio. Fue bueno mientras duro, a pesar de todo conocí grandes gentes. Los sin sabores me permitieron ver aún más el mundo. Ya es hora de partir y Carlos no contesta el maldito cuernófono. No sé que voy hacer, ya no tengo ni un bendito *dollar* en mis carteras y el chico del hostel desaparecido está. Pensaba arreglarme unos días con la devolución de la garantía pero el muy desgraciado no se quiere aparecer.

- Será que la ingenuidad es mi mayor defecto –

Caray vuelve a ser de noche – de pronto te vi!
Estabas bailando con Sandra y todos en el bar de la esquina a la vuelta de la plaza, ese de color verde con inmensas plataformas doradas de adorno. Varios aromos habían colgando de las paredes. Mis pensamientos iban y venían. No sabía que decir – solo bailo en el mar –

Mirándonos, reíamos con aquel viejo amigo que animaba las noches con una botella de vino en la mano, esperando a barbudo y dientes godos. – Siempre a los mismos – para ir a caminar por las laderas frías del entorno.

La calle corre igual que hace unos años, con menos gentes nobles pero harto humo de cigarrillo tirado en las arenas. En cada mesa del hostel había cuatro a cinco personas pasando la tarde. Poco a poco se iba vaciando el vino y cada grupo se dispersaba hacia lo alto de la bahía. No teníamos ganas de hacer nada solo de estar encerrados todo el día mirando el bar. El silencio de las olas era majestuoso

- Nuestro mejor amigo –

Te debo $3000 en la plaza que se quedo tirado porque preferimos bailar. – esa noche estuvo bien.

Toda la loza tirada en manos de la más chica de la cuadra, la Gloria que ya se le paraban los pelos del enojo por nuestra irresponsabilidad, pero la muy lesa se quedaba calladita en vez de decirnos lo que le molestaba. Ponía unas caras terribles.

Hoy aquí en casa de Luis con dos coches fuera, aparcados. Veníamos con las frutas colgando que sonaban bastante, muy fuerte y como siempre me dejaron a mí el encargo… tome las frutas, las bolsas, las maletas y entre a la casa danzando sobre la luna llena. Observando tu personalidad supe lo que querías decir…

- Quieres tomar un café juntos, frente al mar, en la cafetería de la esquina? – accedí – Cuéntame, a qué has venido. Reí un minuto, pasaba a mirar el día. Voy a la sala de comidas a la cual suelo ir! Hay gente bastante simpática.

Tuve un mal día, no había bebida. Marcela no estaba y el infortunio aplastando la cama decía; Ya! nada que hacer, sólo levántate y medita que es lo que necesitas. Me paré y fui al baño.

Dos copas colgadas de la ventana eran mis únicas compañías.

- Qué?

Te las has bebido todas – me traes para algo en especial, quiero decir interesante. Algo puede ser así, te hablé por tu traje que llevas ahí, se ve errante.

- Errante - continúa

Errante, llamativo, un tanto flemático. Disculpa voy al baño. Los granos de café se deshacían en mi boca.

- Sabes cuánto tiempo llevo aquí en la costa sur del oeste? Bastante años ya y no sé como volverá a pasar.

- Hace cuánto tiempo llegaste? – se ve que no eres de acá. Ya un tiempo casi tres años.
- Va! qué extraño no haberte visto. Dónde trabajas? En la oficina de Cádiz a la vuelta del bar. Es bastante duro el trabajo, me cuesta adaptarme. No sirvo para estar sentada escuchando protocolos aburridos – pero va, que mas da para eso me han contratado.
- La cuenta señor por favor –

Ya te vas! Debo hacerlo, Cristian me espera. Toma, este es mi número.

Luego, hoy me levante pensando en las cosas de la vida. Una vez más -- ordené el armario lleno de vestigios haraposos. Volví a llamar a Desiré para reunirnos en la calle 2233 de la hostal, en Cádiz e ir a la feria a vender un puñado de pilchas varias. En eso llego Josefa para comunicarnos de la nueva adquisición de mi hermano.

- Otra más con el chisme -

Vestía de azul con pendientes amarillos, iba apurada rápido a la tarea que le esperaba. Los zapatos de ese día estaban algo gastados por las caminatas con Joseph. – la noche parecía decirme cada vez lo que no debía hacer – el polerón era mi mejor compañero para aquellas noches. Era bastante extravagante, de todos colores. La gente toda lo quería, pero el precio era exacerbado.
Me lo había obsequiado mi abuela a los 20 años. Entre cada tiempo que corre la vida se me alarga.

Hola Carlos aquí estoy tomando unas cervezas de las mismas de antaño, ya sabes, con la pintura en la pared de Simón. Los hombres esos que no saben ver que somos inútiles seres para ésta existencia. Tantos abismos de muchos parajes me han mostrado a veces que me han hecho dudar de decidir por uno mismo, no creo que sea lo mejor que pueda ocurrir pero ahí voy de nuevo a cumplir la tarea. He tratado siempre de mirar alrededor, no he encontrado nada. Sigo adelante pasiva y moribunda con los ojos enterrados en el olvido. Las calles parecen aceras llenas de sonidos alarmantes, todas dicen lo mismo… cada vez me siento más a gusto con

los indigentes. Los chicos me han aconsejado arrendar una habitación en la calle de Azapa, donde vive la chica rubia del alquiler más barato de la ciudad. Enormes caderas, tacos altos, me enseño la última pieza que quedaba disponible. El vagabundo de la noche pasada había estado ahí un par de veces antes de quedarse definitivamente en la calle. Se veía bastante bien. Al menos tenía una que otra tapa y una cama algo decente…